

APORTES PARA EL DEBATE EDUCATIVO

Sobre la Escuela

Conversación con
Inés Dussel

SABERES

UEPC *Secretaría
de Educación*

ICIEC



Dussel, I. y Área de Articulación y desarrollo pedagógico del ICIEC (2024) *Sobre la escuela. Conversación con Inés Dussel / Entrevistada por Gonzalo Gutierrez*. ICIEC-UEPC., se distribuye bajo una Licencia Creative Commons Atribución-NoComercial-CompartirIgual 4.0 Internacional.



Junta Ejecutiva Central UEPC

Secretario General: Cristalli, Roberto Orlando
Secretaria General Adjunta: Vidal, Beatriz Elizabeth
Secretaria de Organización: Palacios, María Cecilia
Secretario de Coordinación Gremial: Ricardo, Darío Iván
Secretario Administrativo y de Actas: Sosa, Mario Nicolás Rubén
Secretario de Finanzas: Gonella, Marcelo Luis
Secretario de Prensa y Comunicación: Frontröth, Oscar Andrés
Secretaria Gremial de Nivel Inicial y Primario: Doldán, Graciela Patricia
Secretario Gremial de Nivel Secundario y Modalidades Educativas: Zalazar, Daniel A.
Secretaria Gremial de Nivel Superior y de la U.P.C.: Chiacchiera, Graciela Mercedes
Secretaria Gremial de Gestión Privada: Chaves, Marcela Beatriz
Secretario de Asuntos Jubilatorios y Prev.: Toledo, Gustavo Miguel
Secretaria de Educación: Nocco, Fabiana Beatriz
Secretario de Cultura: Mazzola, Fabián Leonardo
Secretaria de DD.HH. y Género: Marchetti, Silvia Teresita
Secretario de Formación Político Sindical: Lescano, Juan Miguel
Secretario de Acción Social: Baggini, Daniel
Secretaria de Salud y Medio Amb. de Trabajo: Ferreyra, Blanca Rosa



Serie: Aportes para el debate educativo

Sub-serie: Sobre la escuela
Conversación con Inés Dussel

Entrevistador: Gonzalo Gutierrez (director del ICIEC-UEPC)

Edición: Paulo Martínez Da Ros y Julia Villafañe (Área de Articulación y Desarrollo Pedagógico del ICIEC-UEPC)

Revisión de contenido: Florencia Lo Curto (Coordinadora del Área de Articulación y Desarrollo Pedagógico del ICIEC-UEPC)

Producción editorial: Carolina Cardone y Ana Medero (Área de Articulación y Desarrollo Pedagógico del ICIEC-UEPC)

Corrección: Natalia Cucinelli

Diseño y diagramación: Zetas Comunicación y Diseño



La serie *Aportes para el debate educativo* es una publicación del Instituto de Capacitación e Investigación de los Educadores de Córdoba de la Unión de Educadores de la Provincia de Córdoba. San Jerónimo 558, Córdoba (5000).
Tel.: 351 4208904. Contacto: conectate@uepc.org.ar



Consideraciones sobre el uso de lenguaje no sexista en la UEPC

Desde el 2018, promovemos el uso institucional de lenguaje no sexista, estableciendo como pauta central evitar el masculino genérico en las distintas instancias de comunicación formal involucradas en cada actividad que realizamos. En esta publicación que aquí compartimos respetamos y conservamos los diferentes usos del lenguaje de las personas que realizan las entrevistas y las que son entrevistadas.



¿Cómo citar este material?

Dussel, I. y Área de Articulación y desarrollo pedagógico del ICIEC (2024) *Sobre la escuela. Conversación con Inés Dussel / Entrevistada por Gonzalo Gutierrez*. ICIEC-UEPC. <https://www.uepc.org.ar/conectate/sobre-la-escuela/>

Presentación

Desde el Instituto de Capacitación e Investigación de los Educadores de la Provincia de Córdoba (ICIEC), dependiente de la Secretaría de Educación de la UEPC damos inicio, dentro de la serie Aportes para el debate educativo, a la subserie Sobre la escuela. En esta nueva línea de producción compartimos conversaciones con referentes del campo pedagógico sobre cuestiones que atraviesan el trabajo de enseñar. A lo largo de estas publicaciones nos interrogamos, entre otras cuestiones, por el sentido de la escuela en la actualidad, por su relación con los saberes y la verdad, por la enseñanza, la organización del trabajo escolar, el tiempo en la escuela y los haceres específicos que en su interior se llevan a cabo. En otras palabras, ¿qué significa hablar y decir “escuela” hoy? ¿Qué defender y sostener sobre la escuela, el trabajo de enseñar y cuáles son las palabras que más pueden colaborar en esa apuesta? ¿Cuáles son los aspectos que es necesario revisar y transformar?

En esta segunda entrega, Gonzalo Gutierrez –director del ICIEC-UEPC– abre una conversación con la reconocida pedagoga Inés Dussel sobre el sentido de la escuela en su trato específico con los **saberes**, para pensar los desafíos que se le presentan a la enseñanza en los escenarios digitales, y el presente y acuciante problema de la verdad y la posverdad en las sociedades contemporáneas.

Agradecemos al Instituto Superior de Estudios Pedagógicos del Ministerio de Educación de la provincia de Córdoba, por facilitar esta conversación en el marco de la cuarta jornada de estudio: “*Los desafíos de la escuela y la formación docente hoy. Problemas, políticas y experiencias: avances y pendientes*” realizada en noviembre del año 2023.

Paulo Martínez Da Ros y Julia Villafañe

Conversación con Inés Dussel*

Gonzalo Gutierrez: Ante todo, es un gusto estar acá. Te agradecemos enormemente que puedas conversar con nosotros. Previo a este encuentro y repasando algunos archivos, me encontré con un texto que tiene ya algunos años, titulado *¿Para qué sirve la escuela?*¹, un texto que se produce al calor del proceso de reforma educativa de los noventa. A pesar del paso del tiempo, del sinnúmero de eventos y cambios que sucedieron, la pregunta por supuesto sigue vigente. Me pregunto, entonces, ¿para qué sirve hoy la escuela? Y en especial estoy pensando en el acceso a la información y al conocimiento que se puede dar independientemente de ella, así como muchas de las formas de socialización y de construcción de ciudadanía también.

Inés Dussel: Es una pregunta que, sin duda, es central. Sin embargo, creo que pondría un matiz después de tantos años. A veces no nos ponemos de acuerdo en la respuesta a esa pregunta del para qué como finalidad ulterior, pero podemos estar de acuerdo en que la escuela es valiosa, y esto tiene mucho que ver con lo que plantea Jan Masschelein y también con las tradiciones críticas que tenemos en América Latina desde el trabajo de la escuela pública. Es valiosa como espacio-tiempo de encuentro intergeneracional, de encuentro entre adultos y jóvenes en relación a ciertos saberes. Hay ahí una construcción de lo común que propone mirar algo del mundo, una selección del mundo, algo que se pensó que es valioso; podemos discutir si esa selección es mejor o peor, podemos discutir quiénes y cómo hicieron esa selección, pero contiene una propuesta para que las nuevas generaciones conozcan y se apropien de algunos saberes que las y los adultos —o algunas y algunos adultos— creen que son importantes.



Inés Dussel es investigadora y docente, estudió Ciencias de la Educación en la Universidad de Buenos Aires, realizó la Maestría en Ciencias Sociales en la FLACSO Argentina (Facultad Latinoamericana de Ciencias Sociales) y el Doctorado en Enseñanza y Currículum en la Universidad de Wisconsin-Madison.

¹ Filmus, D. (Comp.) (1993) *¿Para qué sirve la escuela?* Grupo Editorial Normal.



“Hay una construcción de lo común que propone mirar algo del mundo, una selección del mundo, algo que se pensó que es valioso; podemos discutir si esa selección es mejor o peor, pero contiene una propuesta para que las nuevas generaciones conozcan y se apropien de algunos saberes que las y los adultos creen que son importantes.”

La escuela propone un tipo de experiencia de lo común que no está disponible en otras instituciones. Y vuelvo al para qué de la escuela: hubo épocas en que se dijo que la escuela tiene que servir para formar para el trabajo, hubo otras épocas en que se dijo que la escuela tenía que servir para seguir estudiando, o para formar buenos ciudadanos. En Argentina, la escuela ha estado centralmente ligada a la democracia republicana; no quiere decir que no sirva para otras funciones, pero su rol en la formación de ciudadanía y de integración o cohesión social ha sido muy importante. En el último tiempo surgen otras demandas, por ejemplo respecto al bienestar, es decir, la escuela como orientada a promover formas de estar mejor en el mundo. En esta idea de priorizar el bienestar como función de la escuela hay de todo, desde los discursos de autoayuda hasta lo que permite visibilizar, como fue evidente en la pandemia, que la experiencia escolar no involucra solamente un desempeño académico entendido como tener buenas notas, sino que tiene que pensarse más integralmente, desde distintas dimensiones subjetivas.

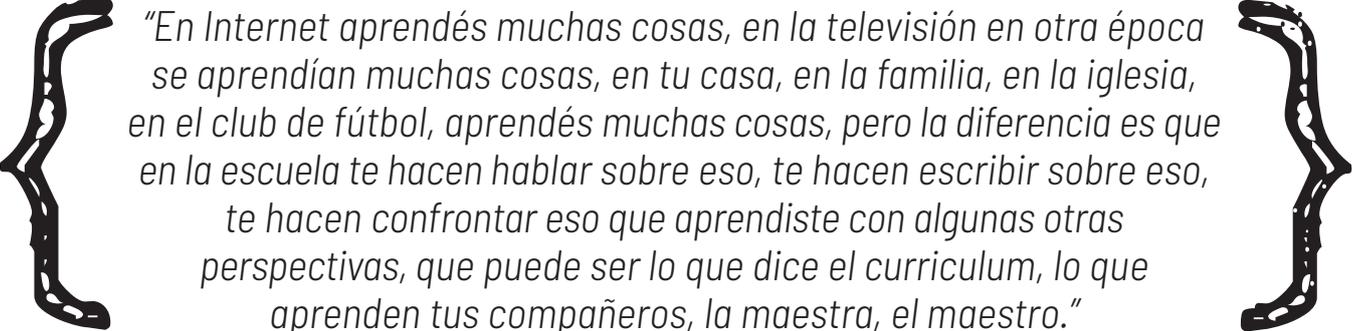
Entonces podemos ver que la respuesta a la pregunta de para qué sirve la escuela puede ser distinta, pero todas esas opciones confluyen en la idea de que la escuela es una institución importante para la sociedad. Es una institución importante porque produce un tipo de trabajo específico con los saberes, porque da tiempo para estudiarlos, porque produce un espacio-tiempo de encuentro con otros, con la alteridad. Pero quiero subrayar ahora la cuestión de los saberes, el estudio y la enseñanza. Lo que propone la escuela es leer, escribir, releer, reescribir, hablar sobre eso, volver a pensarlo, todo eso en contacto con distintos soportes, con otros como los pares, los maestros, los objetos que están en la escuela, incluso sus espacios. La escuela es un espacio valioso por todo eso, no solamente por lo que dice el *currículum* sino por lo que sucede en ese tiempo en que se está ahí, que sigue resonando después que uno se va a su casa. Hay algo que se produce en ese encuentro específico que hay que valorar y defender. Y, en ese sentido, no me gusta la idea del aprendizaje ubicuo, aprendemos en todas partes, algo que se dice mucho con las tecnologías digitales. Esos discursos creen que ya no hace falta la escuela, porque encontrás todo en las plataformas o en la IA. Pero de lo que se trata no es de adquirir información, como si eso fuera saber, como si eso fuera conocimiento, como si eso fuera una buena manera de estar en el mundo. Si querés adquirir información, es probable que sea mejor buscarla en Google, y también es muy probable que en un futuro no lejano pondrán un chip y tendremos toda la información en el cerebro, pero ¿qué hacemos con eso? ¿Cómo esto mejora nuestra presencia en el mundo? ¿Cómo eso mejora la presencia en el mundo de los demás? ¿Cómo armamos sociedad? ¿Quién y cómo define qué saberes son valiosos en ese encuentro generacional: la discusión pública que se refleja en el currículum o una plataforma algorítmica privada? Esos son puntos importantes para pensar el para qué de la escuela hoy.

SABERES

“Si querés adquirir información, es probable que sea mejor buscarla en Google, y también es muy probable que en un futuro no lejano o mañana pondrán un chip y tendremos toda la información en el cerebro, pero ¿qué hacemos con eso? ¿Cómo esto mejora nuestra presencia en el mundo? ¿Cómo eso mejora la presencia en el mundo de los demás?”

Y el último aspecto en el que yo diría que la escuela es importante, es su carácter público. Un sociólogo de la educación, inglés, Basil Bernstein, muy importante en su reflexión sobre el discurso pedagógico y los códigos lingüísticos escolares, plantea que la escuela se diferencia de otros agentes de enseñanza porque le preocupa la validación pública de aquello que se aprendió. Lo diría así: en Internet aprendés muchas cosas, en la televisión en otra época se aprendían muchas cosas, en tu casa, en la familia, en la iglesia, en el club de fútbol, en muchos lados aprendés muchas cosas, pero la diferencia es que en la escuela te hacen hablar sobre eso, te hacen escribir sobre eso, te hacen confrontar eso que aprendiste con algunas otras perspectivas, que puede ser lo que dice el *currículum*, lo que aprenden tus compañeros, la maestra, el maestro. Esa validación pública del conocimiento es lo que ayuda a salirse de uno mismo, y obliga a pasar por el tamiz del otro (retomando una idea de Meirieu) tanto lo que propone la escuela como lo que cada quien aprende. Estos aprendizajes no son la primera idea que se nos ocurre, o lo primero que aparece en la lista de Google, sino que es un saber que surge de confrontarlo con otros y de un trabajo colectivo e individual con los saberes.

Esto se vincula a la discusión que tenemos ahora respecto a la posverdad, porque esa perspectiva obliga a salirse del “yo creo-yo siento-yo opino” como único parámetro con el cual mido la validez de los enunciados. Creo que ahí necesitamos abrir una discusión pedagógica respecto a lo que fueron nuestros propios discursos pedagógicos en las últimas décadas, que priorizaron la significatividad para los sujetos antes que un trabajo con los conocimientos que valore el ponerse de acuerdo. Hay unos pedagogos franceses que dicen que la “marca de fábrica” de la escuela, su estampa o aporte específico, tiene que ser el colocar el problema de la verdad, o la verdad como problema. No se trata de la verdad entendida como verdad revelada que se impone autoritariamente, sino la noción de que la verdad es un acuerdo provisorio sobre el significado, y que no da



“En Internet aprendés muchas cosas, en la televisión en otra época se aprendían muchas cosas, en tu casa, en la familia, en la iglesia, en el club de fútbol, aprendés muchas cosas, pero la diferencia es que en la escuela te hacen hablar sobre eso, te hacen escribir sobre eso, te hacen confrontar eso que aprendiste con algunas otras perspectivas, que puede ser lo que dice el curriculum, lo que aprenden tus compañeros, la maestra, el maestro.”

Lo mismo cómo llegamos a eso, porque hay métodos, hay procedimientos, hay conversaciones previas, hay perspectivas más ajustadas a lo real que otras. Hay una producción de la verdad que no la vuelve “relativa” sino que explica cómo llegamos a sostener ciertos argumentos. Pero además diría que en esa producción institucional de la verdad (por ejemplo en la ciencia) importa intentar llegar a un acuerdo sobre eso, y que no alcanza con que cada quien vaya por caminos paralelos; interesa ponerse de acuerdo, aunque también en la ciencia haya disidencias, desacuerdos, contraargumentos. La escuela –y por eso es una institución central de la democracia– tiene que preocuparse por intentar ponernos de acuerdo, aunque sea provisoriamente, aunque sea hasta la próxima revisión de ese acuerdo, y por enseñarnos a escuchar otras perspectivas, a argumentar mejor lo que pensamos, que creo ayuda a vivir mejor juntos, porque instala un modo de convivencia que valora la conversación, la reflexión, el acuerdo sobre ciertos procedimientos, la crítica fundamentada, el intercambio de perspectivas.

Gonzalo Gutierrez: En lo que comentás aparece la escuela y su función social, pero también su relación con las prácticas de transmisión y con las opciones de enseñanza. Entonces, me pregunto, ¿cuál es el desafío de la enseñanza y de quienes enseñan en relación a cómo trabajar las formas de mostrar las distintas caras de la verdad o de las verdades, las formas de validación con el conocimiento?

Inés Dussel: Hay mucho para pensar y amerita una conversación y una reflexión más profunda que la que puedo hacer ahora. Pero quiero pensarlo desde nuestras pedagogías, y me gustaría retomar dos escenas que viví de cerca. Una tuvo lugar durante la pandemia, cuando unos colegas de una escuela secundaria de un barrio muy pobre en CABA –en la ciudad de Buenos Aires– me contaron que estaban proponiendo a sus estudiantes hacer un diario de la pandemia. La escuela tenía muchos problemas de conectividad para llegar a las y los estudian-

tes. Se juntan la profesora de literatura con el de teatro y el de historia, e invitan a sus estudiantes a hacer un diario de lo que están pasando en ese momento, y la propuesta logra que los chicos escriban, se interesen, participen. Los profesores deciden también sumarse a la escritura y contar sus propias vivencias. Pero en un punto para mí esta experiencia, que estaba siendo valiosa como modo de reconexión, se interrumpe cuando los profesores dicen “no puedo corregir nada de ese diario”. Lo planteaban de esta manera, como corrección, pero podríamos ampliarlo a pensar qué se hace con la escritura que surge. Sus argumentos son que “es una escritura muy personal”, “salen cosas muy pesadas”, “cómo vamos a corregirles la ortografía o pedirles que se expresen mejor cuando están contando lo que están pasando”. Por supuesto, son argumentos razonables y legítimos, pero me parece que hay que colocar una pregunta, o manifestar una inquietud, sobre qué lugar se construye como docentes cuando pensamos que solamente podemos hacer surgir la palabra pero ahí se termina nuestro trabajo. La inquietud crece cuando vemos que esta posición docente no es tan excepcional y no se limita a la pandemia. Traigo otra escena, de un trabajo que hice en 2011 con una escuela también en CABA, en Recoleta, que recibe muchos chicos de la Villa 31 de Retiro. Para darse una idea, es una escuela a la que fue Martínez de Hoz, o sea, era una escuela de la oligarquía, cuando la oligarquía iba a la escuela pública. Pero en las últimas dos décadas empezaron a ir chicos de la villa, y muchos profesores siguen siendo los mismos, y por eso en la escuela había muchísimos conflictos y tensiones. En ese marco, los profesores jóvenes, que estaban intentando pedagogías menos expulsivas, pensando cómo hacer para enseñarles a los chicos que vienen de la villa y que plantean otros desafíos, planteaban posiciones parecidas a la de los profesores que durante la pandemia propusieron el diario como una vía para acercarse a sus estudiantes. En una clase de Ciencias Sociales en la que había que enseñar el contenido “discriminación”, el profesor me dice: “y yo qué le voy a enseñar a estos pibes si ya lo saben todo”. Este profesor había estudiado Ciencia Política en la Universidad de Buenos Aires, no es que no supiera del tema, pero tenía un saber pedagógico que, en mi opinión, era un obstáculo, porque le decía que como profesor tenía que callarse y dejar que se expresen, que los alumnos le enseñen, que alcanzaba con que hablen, sin someter eso que traen los estudiantes a una confrontación con otros saberes y perspectivas, y sin trabajar el lenguaje tampoco.

Quiero aclarar que estoy muy de acuerdo en que siempre aprendemos de los estudiantes, pero eso no implica que los profesores tengamos que renunciar a enseñar. Estamos en el aula para proponerles que su experiencia pase por otros tamices, que se confronte con lecturas, que se revise, que se vuelva a formular mejor. Vuelvo al ejemplo del diario de la pandemia: quizás la cuestión es plantearse que si esa consigna no te permitió avanzar en otra dirección, entonces

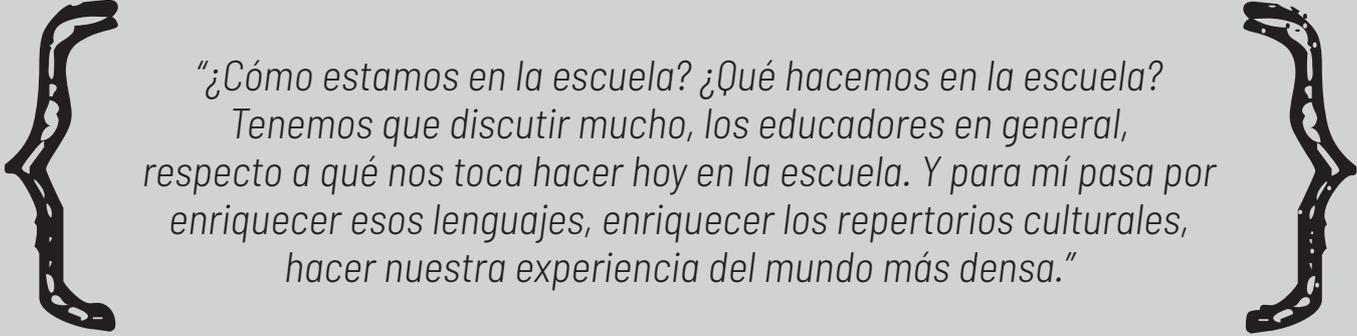
hay que repensarla. Podés empezar con el diario, pero después podés darle otra vuelta, por ejemplo intentar vías que se hacen en los talleres de escritura, como “escribamos el diario con palabras con E”, “leé este diario que se escribió en otra pandemia y buscá los vínculos con lo que te está pasando a vos”, “reescribí tu texto a la manera de este otro autor, reescribilo desde otra perspectiva, ya sea desde el virus, desde una enfermera, o desde un repartidor de comida”. Puede haber muchas otras opciones que permitan precisamente trabajar el lenguaje, porque para eso estamos, y está claro que nos importa que nuestros estudiantes estén bien y estar ahí y escuchar y dar la palabra, pero no podemos quedarnos solamente con eso.

Por supuesto, el primer punto es que quieran disponerse a trabajar, como dice Patricia Sadovsky, y en eso el diario de la pandemia sí funcionó en esa escuela. Pero me parece que en el debate pedagógico actual hay una posición que habría que revisar porque no permite pensar la enseñanza, porque parece que no hay que enseñar, ya sea porque ya saben, o porque lo que tengo que lograr es que se expresen, que me presten un poco de atención, y ahí se terminó mi trabajo. Y creo que no, que más bien ahí empieza o sigue nuestro trabajo, aunque ese paso nos haya costado un montón, pero habría que intentar como colectivo docente, como institución, no quedarse ahí; insisto en lo colectivo del trabajo docente porque si no, se pone todo sobre las espaldas del docente individual, y es demasiada carga, no se resuelve individualmente sino con estrategias en las que nos acompañamos y nos sostenemos desde lo colectivo. Vuelvo a lo que dije antes en relación a Bernstein: hay que promover que haya una validación pública del trabajo, que se comparta lo escrito, leerlo, revisarlo, reescribirlo, compararlo con el otro, con el diccionario, con un escrito de alguien que nos precedió, con la intención de que todo eso ayude a enriquecer nuestros lenguajes y también nuestra experiencia en el mundo.

Me parece que ahí tenemos un nudo crítico de la pedagogía, algo que me parece que está más marcado en Argentina que en otros países (quizás Brasil comparte algo de eso), que tiene que ver con los efectos de un movimiento que fue muy positivo, que es la demanda de que la escuela sea inclusiva, que no expulse a nadie. Pero ahí la pregunta se traslada a lo siguiente: ¿cómo estamos en la escuela? ¿Qué hacemos en la escuela? Tenemos que discutir mucho, los educadores en general, respecto a qué nos toca hacer hoy en la escuela. Y para mí pasa por enriquecer esos lenguajes, enriquecer los repertorios culturales, hacer nuestra experiencia del mundo más densa, más interesante, más atenta a lo que pasa afuera y a cómo le damos sentido, y eventualmente transformamos algo de eso que pasa.

ENRIQUECER

lenguajes



“¿Cómo estamos en la escuela? ¿Qué hacemos en la escuela? Tenemos que discutir mucho, los educadores en general, respecto a qué nos toca hacer hoy en la escuela. Y para mí pasa por enriquecer esos lenguajes, enriquecer los repertorios culturales, hacer nuestra experiencia del mundo más densa.”

Veo algo muy parecido respecto a lo que se hace en la escuela con los medios digitales, por ejemplo en la propuesta de hacer un video escolar a la manera de TikTok, pero muchas veces no hay ninguna otra pregunta en esa actividad, no hay otro desafío intelectual, ningún plus respecto a lo que ya hacen o saben. Y me parece que lo que tenemos que hacer en la escuela es precisamente —y acá retomo una idea de Hannah Arendt— inscribirnos en una conversación que nos precedió y que va a seguir después de nosotros, que es la conversación del género humano. No es que las cosas empiezan conmigo y tengo que inventar todo. Si propongo hacer videos, entonces tendría que incluir enseñar algo sobre otras formas de contar, ya sean del cine, del arte, de la literatura, de la narración popular. Pero no habría que quedarse repitiendo el gesto de invitar a hacer algo, que en el fondo no implica re trabajar el lenguaje o la experiencia, no propone conectarse con otras experiencias, y por eso no enriquece el mundo de nuestros estudiantes, no lo amplía. Esa para mí es una clave para pensar los problemas pedagógicos de hoy.

Gonzalo Gutierrez: Para pensar la cuestión de la enseñanza y el lugar de las y los estudiantes, y recuperando algo que planteaste en otra oportunidad sobre la relevancia de considerar las huellas que deja la escuela en los sujetos, quería preguntarte, ¿qué huellas te acompañan a vos de tu paso por la escuela y qué te hace pensar que esto es interesante para las y los estudiantes?

Inés Dussel: Fui a la escuela en la dictadura mayoritariamente, y voy a cambiar de registro, porque es muy personal. Tengo recuerdos de estos pequeños gestos de resistencia. Una historia, que me acuerdo muy claramente, fue en 1976, ya estaba la dictadura. Había dos compañeros del grado peleándose. Uno, que era hijo de un militar, le dice al otro “tu papá es peronista”, y el otro pibe le responde: “No, mi papá no es peronista, es montonero”. Y los de la clase, un quinto grado, nos quedamos helados. Y la señorita Susana, una genia, atinó a decir: “No le hagan caso a lo que dice, es un nene. Listo, basta, sigan trabajando”. Bueno, ese gesto de ella, mínimo pero fundamental, de protegerlo a ese nene y su papá en ese momento que vivíamos bajo un terrorismo de Estado que llegaba a todos lados, me parece que es un gesto que me dejó marcas.

Y me dejó marcas porque mi papá estaba cerca de Montoneros, y habíamos tenido la experiencia de la clandestinidad por amenazas de la Triple A en mi familia, y entonces era muy consciente de que ese gesto de la maestra valía muchísimo, porque nos ubicaba como chicos, nos cuidaba, preservaba la vida. Tengo varias de esas anécdotas. En una escuela a la que fui antes, cuando estaba en tercer grado, a fines de 1974, la vicedirectora sabía que la situación estaba muy fea para mi familia, y aunque era de derecha, le dijo a mi mamá que se quedara tranquila, que si nos venían a secuestrar ella nos iba a sacar por la puerta de atrás. Lo pienso ahora y se me pone la piel de gallina, y me acuerdo de la señorita Josefa y le quiero hacer un monumento. Esos gestos de cuidado en un momento muy difícil estaban, y eso también es la escuela: son las señoritas Josefa y Susana que asumen esa responsabilidad por las infancias y hacen lo que tienen que hacer para protegerlas y enseñarles en cada momento, con los desafíos de cada momento. Hoy no está la amenaza del secuestro de las infancias por los militares o la Triple A, pero hay otros problemas, también muy graves. Pero volviendo a mi paso por la escuela, no puedo dejar de decir que en la secundaria, todavía en dictadura, tuvimos profesores que denunciaban a los estudiantes y de los que había que cuidarse muchísimo. Fue una experiencia muy dura y me marcó mucho. Por eso tengo mucho compromiso con la educación en derechos humanos y mucha inquietud por sostener la democracia, aunque sea imperfecta, aunque tenga muchos problemas, pero sigue siendo mejor que las dictaduras.

Diría que la marca “positiva” fue el paso por la universidad pública, a la que entré en 1984. Ahí aprendí a discutir, empezamos a leer con libertad, teníamos profesores muy apasionados que estaban ávidos de mostrarnos el mundo, de hacernos leer de todo, de involucrarnos en debates y nos invitaban a producir nuevos conocimientos. Especialmente quiero destacar a Cecilia Braslavsky y Adriana Puiggrós, dos intelectuales educativas muy importantes pero sobre todo Maestras con mayúsculas, generosas, comprometidas, interesantes, desafiantes. Creo que la marca más fuerte para lo que hago hoy es una marca que viene de esa experiencia de la universidad pública en la posdictadura, y es una marca que hoy hay que defender frente a estos embates que pretenden destruirla. La universidad pública es un espacio de pensamiento, en el que estudiar no sirve solamente porque me forma para un trabajo sino que me anima a pensar, a discutir con otros y también con los textos, porque propone un trabajo con los textos que pasa por leer, citar, apropiarse de los argumentos, rumiarlos si hace falta, debatirlos en público, escribirlos a nuestro modo. Bueno, todo eso fue fundamental, y estoy profundamente agradecida con esa experiencia ●

Otras publicaciones de ICIEC-UEPC
para consultar y descargar en nuestro sitio

uepc.org.ar/conectate



Masschelein, J. y Área de Articulación y desarrollo pedagógico del ICIEC (2024) Sobre la escuela. Conversación con Jan Masschelein. Entrevistado por Gonzalo Gutierrez ICIEC-UEPC.

Disponible en: <https://bit.ly/3AoTj64>

**Sobre
la Escuela**



**Secretaría
de Educación**

ICIEC